

Ciudadanos sin República

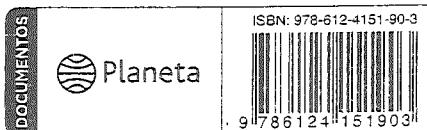
En este libro Alberto Vergara nos conduce amena y rigurosamente por la vida política peruana de los años 2000. Aquí están reunidos los sustos, sopapos e histerias que sacuden a cada tanto nuestra política. Atravesamos una jungla poblada de elecciones siempre inciertas, de políticos ligeros y de ciudadanos hastiados del ritual electoral de elegir siempre un “mal menor”. *Ciudadanos sin República* es una lectura indispensable para los interesados en el Perú de hoy.

Con un estilo ágil, incisivo y polémico, Alberto Vergara ha reunido en Ciudadanos sin República un conjunto de breves pero notables ensayos en los que busca leer la realidad peruana desde “la política”. Los textos abren nuevos horizontes para comprender los desencuentros, las promesas incumplidas pero también las posibilidades de un país cuya ciudadanía se empeña en recuperar la igualdad, la libertad y la fraternidad como los fundamentos de la mejor tradición republicana de nuestra historia.

Felipe Portocarrero, Rector de la Universidad del Pacífico

¿Cómo puede un país tener una de las economías más exitosas de América Latina y, simultáneamente, poseer un nivel de descontento público casi sin paralelo en la región? Ciudadanos sin República nos ayuda a entender cómo, a pesar del boom económico, en el Perú post-Fujimori persisten profundas deficiencias políticas. No exagero en decir que Vergara es uno de los pocos intelectuales realmente capaces de cambiar nuestro modo de pensar la política peruana.

Steven Levitsky, Harvard University



ALBERTO VERGARA

Ciudadanos sin República

¿CÓMO SOBREVIVIR EN LA
JUNGLA POLÍTICA PERUANA?



**Edición de circulación restringida sustentada en la
Legislación sobre Derechos de Autor**

DECRETO LEGISLATIVO 822

"Artículo 43º. - Respecto de las obras ya divulgadas licitamente, es permitida sin autorización del autor.

- a. La reproducción por medios reprográficos, para la enseñanza o la realización de exámenes en instituciones educativas, siempre que no haya fines de lucro y en la medida justificada por el objetivo perseguido, de artículos o breves extractos de obras licitamente publicadas, a condición de que tal utilización se haga conforme a los usos honrados y que la misma no sea objeto de venta u otra transacción a título oneroso, ni tenga directa o indirectamente fines de lucro."

Introducción

*Entre la libertad y la igualdad no hay una contradicción
sino una distancia.*

OCTAVIO PAZ

Los artículos que recoge este libro fueron publicados durante los últimos cinco años. No nacieron, como es obvio, para vivir uno al lado del otro en un volumen como este. Nacieron, más bien, bajo los apremios del tiempo periodístico, de la urgencia de hablarle a una realidad política que, como el viejo pistolero Lucky Luke, parece ser más rápida que su sombra y que empuja al articulista a improvisar explicaciones y, a veces, aun contra su voluntad, a jugar en la cancha de la profecía. Así, aunque nacieron bajo tal ritmo, sentenciados a vivir dispersos y a ser desechados tras una lectura rápida, aquí están reunidos en una suerte de acto rebelde contra el destino.

Sería un ejercicio de mandonería inaceptable que yo le diga al lector cómo debe leer o interpretar este conjunto de ensayos. Sin embargo, en esta introducción puedo permitirme contarle cómo los leo o interpreto yo; ahora que han sido inesperadamente agrupados.

En este libro conviven dos ritmos. Como en la música, hay una melodía y una armonía. Como en la música también, lo primero es

más fácil de distinguir que lo segundo. Tanto que el libro está organizado desde la melodía sincopada del tiempo electoral. Pero ella se sostiene sobre una armonía vinculada, no al tiempo electoral, sino al del Perú contemporáneo, el de los años 2000. Ambos tiempos poseen su propio vocabulario, personajes, tramas y dilemas, pero no pueden existir por separado sin que perdamos algo esencial en el conjunto.

La melodía de la cotidaneidad política da orden al libro. Con excepción de la primera sección, que agrupa artículos políticos de corte más general, el cuerpo del libro (de la segunda a la cuarta sección) está marcado por el ritmo de las sorpresas, incertidumbres, paranoias y esperanzas (desmesuradas todas) que suele generar nuestra política. La segunda sección contiene los artículos escritos durante la segunda presidencia de Alan García y, entre otros temas, subyace ahí la intriga por su inesperada conversión a los evangelios conservadores y el descalabro aprista. La tercera parte abarca la coyuntura que va de las elecciones regionales y municipales de octubre de 2010 al triunfo de Ollanta Humala en junio de 2011: una verdadera montaña rusa electoral. En tal periodo se desplegó nuestra acostumbrada incertidumbre política, pues, sin que nadie pudiera preverlo, Susana Villarán se hizo de la Alcaldía de Lima y Ollanta Humala, ese candidato que cinco años de encuestas habían asegurado que jamás podría imponerse en una segunda vuelta, terminó ganándola. La vida te da sorpresas. Finalmente, la cuarta sección lidia con las post-sorpresas. Ya no son las electorales, son aquellas que nos brinda el ejercicio del poder en el Perú, verbigracia: la imprevista maltrecha gestión de Villarán y el acomodo de Humala al *business as usual* de la política peruana. Y aunque todo sorpresivo, todo se nos aparece también como un largo *déjà vu*.

Entonces, la estructura del libro responde a la batuta del cronograma electoral nacional. Sin embargo, esta melodía se sostiene

en una armonía. Es el diálogo con la época, *l'esprit du temps*. Más allá de nuestros políticos pasajeros y ligeros, de sus partidos inexistentes, más allá del quinquenal aro electoral por el que pasamos excitados y de la encuesta de popularidad que aparecerá el próximo lunes, ¿qué define a nuestra época?, ¿cuál es su carácter y cuáles sus contornos? Este es el tema inconfesable de estos artículos. En esta introducción quiero convertir esa armonía implícita en una interpretación más explícita de la época.

* * *

Alfredo Torres ha escrito que el Perú atraviesa la paradoja del crecimiento infeliz. Me parece una excelente definición. Los artículos aquí compilados pertenecen plenamente a ese horizonte temporal, económico y anímico. Pero vayamos más allá: ¿qué quiere decir «crecimiento infeliz»?, ¿de dónde brota el crecimiento y de dónde la infelicidad? Lo que quiero defender aquí es que el Perú contemporáneo está definido por el desencuentro de dos promesas: la neoliberal y la republicana. Antes debo decir que, desde luego, hemos tenido otras promesas en nuestra historia pero las voy a obviar, pues nada sobrevive de ellas: la promesa socialista murió hace un buen tiempo y sus líderes —los muchos viejos y los pocos jóvenes— van de tumbó en tumbó roídos por la nostalgia de una presunta época dorada. También está enterrada la promesa corporatista (la del primer APRA y la del velasquismo); ambas tradiciones se extinguieron junto al siglo XX. En cambio, sobrevive en el Perú, con problemas y tensiones, la vieja promesa republicana, tan antigua como el país, y la del neoliberalismo que aquí y en muchos otros sitios liquidó al siglo XX. El contrapunto peruano contemporáneo está dado por el éxito de la promesa neoliberal y por el fracaso de la republicana. Lo primero es responsable de nuestro

crecimiento, lo segundo produce la infelicidad. Así, la foto precisa y estática de Alfredo Torres se convierte en película; una película con un origen por indagar, pero, sobre todo, con un futuro por pelear.

En 1823 se promulgó nuestra primera Constitución: «la Constitución Política de la República Peruana». Nótese que no era la Constitución del Estado peruano, ni de la nación peruana, ni de la sociedad peruana, ni de la democracia peruana. Desde el origen mismo, fuimos, antes que nada, una República. Y esto ha perdurado. La Constitución de 1993, aunque no lo menciona en su título general, lo reproduce en el artículo 43, «La República del Perú es democrática, social, independiente y soberana». De nuevo, lo esencial es nuestra condición republicana. El republicanismo es el rasgo político más distintivo y duradero de nuestro país. No es casualidad que en los últimos años algunos de nuestros intelectuales hayan vuelto a la cuestión esencial de la República (todas las referencias bibliográficas están al final de esta introducción). Pero ¿qué es el republicanismo y qué cosa una República exitosa?

La República, como teoría y como experiencia histórica, es la libertad por la vía del autogobierno. Nació por oposición a aquellos regímenes o Estados donde los individuos no eran libres pues no se autogobernaban sino que delegaban tal función a un monarca. En Europa, durante los siglos XVI y XVII, solo era considerado libre quien vivía en un Estado libre, esto es, en una República autogobernada por sus ciudadanos y no una en donde mandaba un rey o príncipe. La idea republicana alude a unas condiciones para que los ciudadanos vivan libremente sin ser dependientes de algún ente superior a ellos. ¿Cuáles son esas condiciones esenciales de la libertad republicana? No es aquí el lugar para construir una teoría, pero quisiera dejar en claro tres elementos centrales de la promesa republicana.

Primeramente, un orden fundado en la igualdad de los ciudadanos. No igualdad económica, la igualdad ante la ley y, sobre todo, en la capacidad de participar en los asuntos públicos de la misma manera que cualquier otro ciudadano. Es lo que Tocqueville llamó *l'égalité des conditions*: un orden político constituido por semejantes. Como recomendó Maquiavelo: donde no haya igualdad instituye un principado y solo erige una República donde encuentres igualdad. A diferencia del socialismo que ve a la desigualdad económica como un vicio en sí misma, para el republicanismo el problema radica en que ella produce una esfera pública y unas instituciones donde algunos consiguen más influencia que otros deslegitimando su carácter público y común. Es decir, para el republicanismo la igualdad es el requisito para el ejercicio de la libertad. En segundo lugar, el orden republicano es uno comandado por la ley y por unas instituciones legítimas. Son legítimas en tanto ellas canalizan las demandas de la sociedad asegurando que ella efectivamente se autogobierne (en el mundo moderno, por la vía de la representación). En la medida que las instituciones emanan de la propia ciudadanía es poco relevante el pasajero gobernante, pues llega al poder en nombre de todos y gobierna a través de las instituciones que la comunidad se otorgó a sí misma. De ahí que Washington repitiese que el ciudadano de una República no puede conceptualizar al gobierno como «ellos» sino como «nosotros». Finalmente, la República sana requiere confianza entre los ciudadanos y entre los grupos de ciudadanos; requiere algún sentido de fraternidad. La República se deshilacha si los de arriba desconfían de los de abajo; se erosiona si los de abajo creen que las instituciones están hechas para beneficio de los de arriba; y se tambalea si, fruto de la desconfianza entre los ciudadanos, ellos carecen de espacios públicos donde coincidir. Por ello, en última instancia, el republicanismo esté siempre ligado a la educación como espacio primordial para la construcción de una comunidad de ciudadanos iguales.

Ese ideal republicano, aunque presente en cada una de nuestras constituciones y cacareado por nuestros políticos desde el inicio de nuestra vida independiente, nunca pudo cumplirse. Es la vieja preocupación de Basadre. Es también, en parte, el viejo desencuentro entre la élite limeña y el país lejano. Nunca se comprendieron. Como lo señalan trabajos recientes sobre la vida política en la sierra peruana durante el siglo XIX, existió siempre una demanda republicana en nuestra periferia. Pero nunca se entendieron con la élite republicana en la capital. Como ha mostrado Carmen McEvoy, más allá de la creación de símbolos patrios y discursos sobre la modernización del país, en Lima tuvimos un republicanismo de salón que sobrevivió como retórica y entrelazado con el militarismo. De ahí esa ambivalencia esquizofrénica que nos define políticamente desde hace tanto tiempo: una tierra de caudillos y constituciones, para retomar el título de Cristóbal Aljovín.

El siglo XX no estuvo marcado ni por la experiencia republicana ni por proyectos intelectuales republicanos. La mitad del tiempo fuimos gobernados por las Fuerzas Armadas. Los pocos intermedios democráticos desembocaron en el desgobierno. A nivel intelectual, conforme avanzó el siglo, el vocabulario de la revolución y la clase ajustició al de las instituciones y el ciudadano. Finalmente, a final del siglo, la promesa republicana se desangró entera cuando nos entregamos a nuestro chino providencial: gobiérnanos, sácanos de este entuerto, hazte tus leyes, te lo delegamos todo, no nos dejes en manos de nosotros mismos y prosigue con tu tarea salvadora. En el mejor sentido del siglo XVI y XVII europeo, dejamos de ser libres pues quisimos y decidimos vivir bajo la voluntad de un tercero, abdicamos una vez más de aquello que define a la libertad republicana: autogobernarse.

Pero el fin del siglo XX no estuvo marcado únicamente por el último descalabro de la promesa republicana, también lo estuvo

por el ascenso de otra promesa: la neoliberal. Si el republicanismo es una teoría y práctica *política*, el neoliberalismo es una teoría y práctica *económica*. Debo decir que no ~~es~~ *es* neoliberalismo en un sentido peyorativo o apocalíptico, sino analítico (al que se le erice la piel puede correr a releer sus libros de Naomi Klein). El neoliberalismo es un programa de acción política que tiene en el centro de sus intereses la libertad del individuo a través del establecimiento de una economía de mercado abierta. Aunque en América Latina se le suele vincular a Estados Unidos y al Consenso de Washington, el origen intelectual del movimiento estuvo en Europa y desde el inicio tuvo la pretensión de convertirse en una ideología universal. Si nació del rechazo a los regímenes totalitarios europeos de mediados del siglo XX, su apogeo práctico estuvo ligado a la crisis del Estado de bienestar europeo a fines de los años setenta. Neoliberalismo o colapso. Se hizo entonces célebre la descripción que Margaret Thatcher hizo de sus políticas económicas: TINA (siglas en inglés de *There is no alternative*, ‘no hay alternativa’). Del otro lado del Atlántico, el neoliberalismo europeo y el conservadurismo americano iniciaron un romance al calor de la sonrisa de Ronald Reagan. A riesgo de simplificar, estos son los rasgos esenciales del neoliberalismo: en el centro de su preocupación está la libertad del individuo. Pero ya no se trata de una libertad, como hubiera querido el liberalismo tradicional, definida por las libertades políticas —libertad de prensa, de credo, de asociación, etcétera—, sino por la vía de la economía. En la agenda neoliberal, un individuo libre es aquel que no encuentra intromisiones del Estado al actuar en el mercado. En tal sentido, como el marxismo, el neoliberalismo es un economicismo. Contiene un programa político, pero se deriva de una teoría y una preocupación primordialmente económica. Puesto que la libertad individual queda definida por la vía de un mercado sin presencia del Estado, se necesita restringir cuanto sea posible la actividad

económica estatal. Necesariamente, a más Estado, menos libertad para los individuos. Lo cual es lógico y coherente, pues la libertad individual ha sido definida desde la esfera de la economía. Contra el socialismo o el Estado de bienestar, el neoliberalismo confía en que el mercado redistribuirá la riqueza de manera más eficiente que la acción estatal. Como consecuencia, la libre competencia dará lugar al crecimiento económico que redundará en beneficio de todos. Así, a partir de unos principios claros y simples, el neoliberalismo ofrece una forma de progreso. Desde luego, como asumieron y argumentaron intelectuales y *think tanks* neoliberales, esto generará desigualdades económicas, pero, en última instancia, más que un problema, son el motor del progreso económico, pues ellas incentivan la competencia que genera el crecimiento. Para un neoliberal, inevitablemente, la pobreza es más grave que la desigualdad.

Ese movimiento intelectual y político también aterrizó en el Perú. Hernando de Soto fue el encargado de recibirla y adaptarla a estas tierras en los años ochenta. Infiltrándole consideraciones del nuevo institucionalismo de Douglass North, su papel fue crucial en persuadir progresivamente a las élites peruanas de un discurso que nunca había calado en el país: el mercado, agentes libres, títulos de propiedad y empresarios populares. Aun cuando se ha vuelto un lugar común decir que si Vargas Llosa perdió la elección de 1990, sus ideas la ganaron, esto es inexacto. Las ideas que ganaron fueron las de Hernando de Soto. El neoliberalismo a la peruana se sostiene sobre la confianza en el capitalismo popular (eso no es Vargas Llosa). Esos preceptos neoliberales se convirtieron en programa político cuando en 1990 se encontraron con el desconcertado presidente Alberto Fujimori y con las Fuerzas Armadas que habían largamente abrigado la esperanza de un Pinochet peruano. Y esas eran las ideas económicas que le habían dado resultado a Pinochet. El gobierno de Alberto Fujimori logró una empresa que parecía destinada al

fracaso: construir una coalición a favor de las políticas neoliberales, la cual contaba con el respaldo de las clases altas y empresariales, pero también con la de los pobres que habían votado previamente por Izquierda Unida y por el APRA.

Entonces, si el republicanismo es una teoría política que promete igualdad, instituciones y ciudadanos, el neoliberalismo promete libertad, mercado y emprendedores. Si el republicanismo adoleció de un elitismo intraducible hacia las grandes mayorías, el neoliberalismo conectó con ellas como discurso y como proyecto político. Si el republicanismo confía en la educación como mecanismo para construir una comunidad libre, el neoliberalismo confía en el *laissez-faire* para obtener un individuo libre. Si el republicanismo es una doctrina de lo público, el neoliberalismo pregonó lo privado. Ahora bien, el desencuentro de estas promesas en el Perú contemporáneo no proviene de la teoría, sino de la experiencia histórica: en veinte años el neoliberalismo cumplió con sus promesas, el republicanismo se apresta a cumplir doscientos y nos sigue fallando.

El neoliberalismo no prometió un país más igualitario, tampoco uno más democrático; ni prometió uno más justo, tampoco una comunidad de ciudadanos fortalecidos. Como hemos visto, su agenda era otra: mercados desregulados, crecimiento económico, desigualdad si hacía falta, el individuo como consumidor y/o empresario. Y el neoliberalismo cumplió su promesa. Eso le ofreció al Perú y eso le trajo. En un país donde las promesas políticas se pasan por el wáter permanentemente, los neoliberales peruanos cumplieron su palabra. Las políticas neoliberales en pie desde 1990 reconfiguraron el país: se creció a todo vapor, se redujo la pobreza como nunca antes, la inflación se convirtió en un recuerdo, apareció una nueva clase media, las ciudades y el consumo explotaron, el discurso del emprendimiento se volvió jerga popular y hasta el mundo

rural prosperó. En fin, en apenas un par de décadas, el Perú se convirtió en algo que ni el más optimista podría haber imaginado en 1990. El Perú de hoy es en gran medida hechura de nuevos neoliberales y sus ideas. Para decirlo en inglés, *they delivered*. Y puesto que el componente político del neoliberalismo es secundario frente al económico, hicieron su trabajo sin ascos bajo el autoritarismo de Fujimori y tampoco se hicieron paltas con la democracia reestrenada en 2000. Las instituciones democráticas o republicanas nunca fueron su prioridad.

Ahora bien, como enseñó Albert Hirschman en *Las pasiones y los intereses*, las promesas incumplidas pesan sobre las sociedades tanto o más que aquello que ellas sí consiguen. La frustración del deseo no realizado las acompaña en el tiempo y ningún orden social puede sobrevivir legítimamente si aquello que se prometió construir fracasa frente a todo el mundo. Ese es el caso del republicanismo en el Perú. Nos pesa esa promesa tan vieja, tan deseada y tan incumplida. El Perú contemporáneo no está marcado únicamente por el éxito de la promesa neoliberal, también lo está por el fracaso de la promesa republicana. La confianza de los peruanos hacia sus instituciones, hacia la ley o entre ellos mismos es paupérrima; los peruanos detestan el Congreso que los representa; ricos y pobres desconfían mutuamente de ellos; la educación incumple su papel de integrar a la comunidad política, perduran distintas formas de discriminación, carecemos de canales que permitan que Estado y sociedad se escuchen y cada vez que enfrentamos conflictos sociales (Bagua, Conga, etcétera) o cuando nuestros procesos electorales visibilizan a los sectores frustrados de nuestro país, entonces el fracaso republicano nos explota en la cara y se nos aparece transparentemente eso que no somos: una comunidad política legítima de ciudadanos iguales.

Sin embargo, lo que me interesa subrayar no es el incumplimiento de la promesa republicana o el cumplimiento de la neoliberal

(cada una por separado), sino la relación entre ambas: el desencuentro. El progreso económico y la modernización del país en la última década es de tal magnitud que ni siquiera tenemos la distancia necesaria para comprender lo que ocurre. Y como sabe cualquiera que haya hojeado los libros de Marx, lo verdaderamente revolucionario no es un partido comunista, sino el capitalismo. Eso es lo que nos está pasando por encima sin que podamos pensar cómo encauzar semejante huracán. Porque el progreso económico adormece ciertas de nuestras carencias institucionales, pero también activa muchas otras. Mis colegas polítólogos han mostrado distintas manifestaciones de esto mismo en los últimos años. Eduardo Dargent ha subrayado el desarrollo desigual del Estado en el Perú contemporáneo: mientras que las agencias estatales vinculadas a la actividad económica han conseguido capacidades importantes, el resto del Estado se mantiene defectuoso y débil. El trabajo de Carlos Meléndez sobre los conflictos sociales en los años 2000 es otro ejemplo: ellos surgen de instituciones de intermediación muy débiles combinadas con enormes inversiones económicas. Lo primero es una manifestación de lo que yo llamo aquí el incumplimiento de la promesa republicana, lo segundo parte del éxito de la promesa neoliberal. Y el desencuentro termina con muertos. Pero el desencuentro de hoy, además, plantea una pregunta angustiosa respecto del futuro: ¿será gobernable el Perú cuando escaseen los esteroides del crecimiento y las instituciones sean las de siempre?

En fin, ¿qué hacemos con estas promesas divorciadas? ¿Podemos amistar al mercado dinámico y efervescente con la construcción de unas instituciones políticas legítimas? ¿Es posible reconciliar la frustración republicana con el éxito neoliberal? Los enamorados de la teoría responderán que tal tarea es imposible. Sostendrán que entre República y neoliberalismo media un abismo insalvable: aquella promesa se ocupa de lo público y esta de lo privado; a más

neoliberalismo, menos República y viceversa. Pero las nítidas contradicciones de la teoría son mal farillo en el mundo sin guión de la historia política. Entre República y neoliberalismo no hay una contradicción, hay una distancia. La tarea más urgente de nuestra época es reducirla. Pero esto resulta difícil de imaginar hoy. A nivel de los discursos, a nuestra izquierda añosa la preocupación por las instituciones solo le vino a la mente para atacar a Fujimori o, más recientemente, para defender a Susana Villarán; solo se acuerdan de ellas cuando pueden utilizarlas como arma política, jamás como un fin en sí mismo. Y la derecha se ha pasado una década gritándole «caviar» —y hasta «terruco»— a cualquiera que hablase de instituciones o derechos humanos. A un nivel más político, el país ha quedado dividido entre fujimorismo y nacionalismo, dos fuerzas y electorados que son, antes que nada, antiinstituciones. No es un panorama alentador para la agenda republicana.

Y, sin embargo, no hay más remedio que dar batalla. El crecimiento económico acumulado de los últimos años debería ser un insumo para la construcción republicana y en algún sentido ya lo es. A fines de los ochenta, el historiador Alberto Flores Galindo escribió un texto titulado «República sin ciudadanos» que cerraba su exploración histórica del Perú de entonces. Aunque centrado en la Colonia y en el siglo XIX, era un diagnóstico ineludiblemente vinculado al Perú de la violencia senderista: la segregación y el racismo de las élites costeñas había creado una sociedad tan pobre, desigual, racista y dividida que carecíamos de ciudadanos. Aquel ensayo de Flores Galindo, que como buena parte de su obra sirvió de insumo teórico a la izquierda de los ochenta, ha perdido vigencia. Este ya no es un país sin ciudadanos. La abolición del pongaje y la servidumbre hace cuatro décadas, la inclusión definitiva de los analfabetos en nuestra democracia en 1980, más de tres décadas votando ininterrumpidamente, ciertas lecciones tras el gobierno autoritario de Fujimori y,

finalmente, la reducción abismal de la pobreza en el Perú han confluido en la construcción de ciudadanos. El Perú ya no es el país de los ochenta, ni volverá a serlo. Hoy quedamos mejor definidos como «ciudadanos sin República». Porque son las instituciones republicanas las que nos siguen siendo esquivas (instituciones que, además, no recibían el interés de Flores Galindo, centrado únicamente en el análisis de la *sociedad* peruana). Desde luego, no intento decir que tenemos una ciudadanía plena y virtuosa, un país abarrotado de atenienses sabios y prudentes (que «mi país no es Grecia», lo escribió Lucho Hernández hace mucho). Quien lea este libro no encontrará aquí el optimismo bobo que ha teñido al Perú oficial de los últimos años. Sin embargo, tenemos más ciudadanos que nunca antes en nuestra historia. Una ciudadanía impulsada por el músculo económico más que desde la virtud pública. Pero el individuo enriquecido o desempobrecido es ya más ciudadano que nunca antes. Es aquí donde, nuevamente, hace falta hilvanar la promesa republicana con la neoliberal. Construir las instituciones que permitan dotar de vida política a esa construcción primaria y precaria de ciudadanos en el Perú contemporáneo. Instituciones que, por cierto, harán falta cuando el crecimiento económico se modere y nos encare este nuevo tipo de ciudadano, fortalecido, con nuevas expectativas, pero sin filtros republicanos.

Tengo la impresión que en el Perú existe un contingente de electores que busca la recuperación de consideraciones cercanas a lo que aquí he descrito como republicanismo. Por lo menos somos un cuarto del país. Y nos va a dar igual si la plataforma que lo encarne está, en términos económicos, un poquito más a la derecha o un poquito más a la izquierda: nuestra preocupación principal es otra. Pero, si alguna lección ha dejado un par de siglos de republicanismo fallido es que este no podrá construirse desde un salón limeño, y la aventura de Pedro Pablo Kuczynski en 2011 debería ser la última lección (que

ni siquiera hacia falta) de que la frivolidad limeña es mala candidata. El éxito neoliteral radica, en gran parte, en la conexión que logró con el Perú popular. Los nuevos proyectos republicanos deberían tenerlo en cuenta: ¿cuál es la ruta hacia un republicanismo más popular sin por ello hacerlo populista?

Carmen McEvoy afirma que el nudo político del siglo XIX peruano se resumía de la siguiente manera: ¿Cómo pasar del esquema caudillo/pueblo al de partido/ciudadano? En el siglo XXI, ¿quién podría afirmar que nuestro dilema es otro? Y aunque histórico y enraizado, no queda otra que enfrentarlo. Puede que la representación de la agenda republicana esté de capa caída, pero las transformaciones brutales por las que ha pasado el Perú de las últimas décadas (políticas y económicas) y el progreso de su gente merecen que se le rescate y dar así los pasos que nos permitan ser un país sano y libre, además de uno menos pobre. Hace más de treinta años Julio Cotler le respondió a César Hildebrandt: «Yo no creo que la política sea el arte de lo posible [...] la política consiste en hacer posible lo necesario». Y lo necesario en nuestra época es la recuperación de ciertas consideraciones republicanas y políticamente liberales. Alguien debe convertir esa necesidad en posibilidad. Del capitalismo popular al republicanismo popular. ¿Cómo se emprende con éxito la tarea de reconciliar el desarrollo económico con el desarrollo institucional? Obviamente, la respuesta no está en este libro. Este libro recoge, más bien, los rastros dispersos e implícitos, episódicos y anárquicos, de cómo fui elaborando esa pregunta en los últimos años.

* * *

Los artículos recopilados en este libro aparecieron en distintos medios nacionales e internacionales. Por permitirme reimprimirlos gracias a *Foreign Policy en español*, *Letras Libres*, *FOCAL*, Perú

Económico, *Libros & Artes*, *Argumentos* y *La República*. La revista *Poder* merece un agradecimiento especial. Desde hace cuatro años publico un artículo mensual ahí y esos textos componen mayoritariamente este libro. Muchas gracias a David Rivera, director de la revista, y a su equipo, que han hecho de *Poder* un producto intelectual exitoso, tan aguerrido como sofisticado. Gracias también a Martha Alvarez, Gabriel Acevedo y Hugo Artué. Y debo agradecer también a quienes suelen tener la gentileza de leer algunos de mis artículos antes de ser publicados y encuentran tiempo para enviar me comentarios: Eduardo Dargent, Paulo Drinot, Graciela Dutzenzeiler, Steve Levitsky, Jaime Porras, Pablo Quintanilla Bedregal, José Luis Rénique, Ricardo Vergara, Lula Paniagua y María Inés Vásquez. Finalmente, gracias al equipo de Planeta que confió en este proyecto y me permite realizar el sueño de todo escritor neurótico: tener un nuevo libro sin la maldición de escribirlo.

Belmont, Massachusetts. Junio, 2013

Textos utilizados en esta introducción

- Aljovín, Cristóbal (2000). *Caudillos y Constituciones. Perú 1821-1845*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Fondo de Cultura Económica.
- Dargent, Eduardo (2012). *El Estado en el Perú. Una agenda de investigación*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- De Althaus, Jaime (2011). *La promesa de la democracia. Marchas y contramarchas del sistema político peruano*. Lima: Planeta.
- Flores Galindo, Alberto (2005). «República sin ciudadanos». En: *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. Lima: Sur.
- Hildebrandt, César. (2009). *Cambio de palabras*. Lima: Tierra Nueva Editores.
- Hirschman, Albert (1978). *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Jacobsen, Nils y Nicanor Domínguez (2011). *Juan Bustamante y los límites del liberalismo en el Altiplano. La rebelión de Huancané (1866-1868)*. Lima: SER.
- Mallon, Florencia (1995). *Peasant & Nation. The Making of Post-Colonial Mexico and Peru*. California: California University Press.
- Maquiavelo, Nicolás (1987). *Discursos sobre La primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial.
- McEvoy, Carmen (2011). «De la República Jacobina a la República Práctica. Los dilemas del liberalismo en el Perú, 1822-1872». En: Jaksic, Iván y Posada, Eduardo (editores), *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Meléndez, Carlos (2012). *La soledad de la política. Transformaciones estructurales, intermediación política y conflictos sociales en el Perú (2000-2012)*. Lima: Mitin.
- Méndez, Cecilia (2005). *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*. Durham, Londres: Duke University Press.
- Mirowski, Philip y Plewhe, Dieter (editores) (2009). *The Road from Mont Pelein. The Making of the Neoliberal Thought Collective*. Boston: Harvard University Press.
- Neira, Hugo (2009). *¿Qué es república?* Lima: Fondo Editorial de la Universidad San Martín de Porres.
- Skinner, Quentin (2009). «A Genealogy of the Modern State». Proceedings of the British Academy.

- Stedman Daniel (2012). *Masters of the Universe. Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Thurner, Mark (2006). *Republicanos andinos*. Lima: Centro Bartolomé de las Casas e Instituto de Estudios Peruanos.
- Tocqueville, Alexis (1987). *La democracia en América*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.